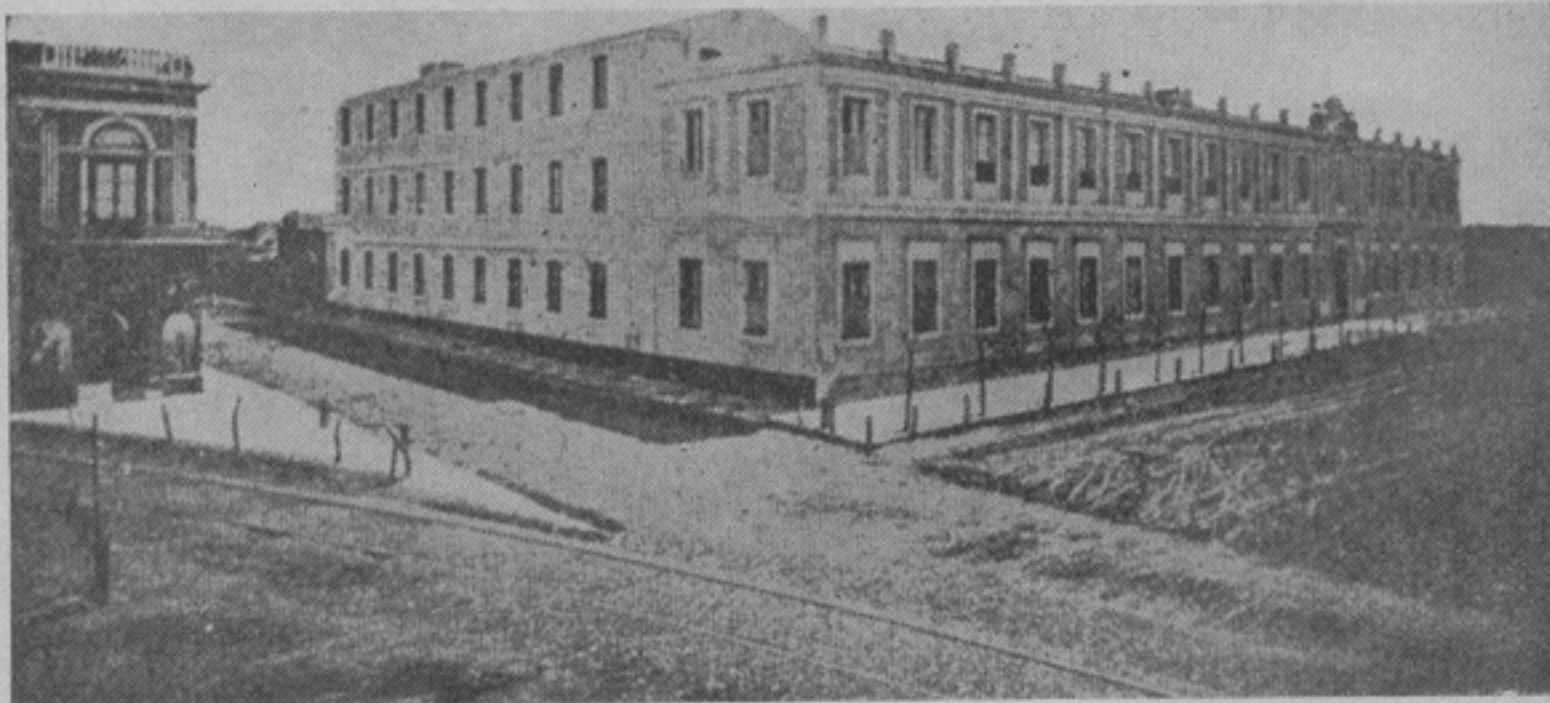


El incendio del Colegio (1875)



Vista exterior del Colegio (1872). En primer plano las vías del ferrocarril oeste.

LA GRAN ALDEA

Nadie pudo elegir mejor definición para aquel Buenos Aires de 1875, que Vicente F. López: "La Gran Aldea". La urbe porteña, era todavía un cuadro de tranquilidad casi colonial. El progreso llegaba con los faroles a gas y los tranvías a caballo. Pero seguía siendo una ciudad tranquila con anchas calles empedradas, y vigilantes no menos ceremoniosos que bigotudos. Hasta la siesta era también el signo de una época en la que las horas tenían mucho más de sesenta minutos.

Nada diferenciaba aquel 28 de febrero de 1875 de los demás días; como los demás domingos la misa y el paseo mañanero se repitieron en la Gran Aldea, entonces lo suficientemente tranquila como para que conviviesen el Gobierno Nacional y el provincial en el mismo sitio; todavía estaba lejana la federalización de la capital.

Pero en la tarde algo inusitado turbó la apacible siesta porteña. Algo que no era común a los ciudadanos de levita y faldón, aquellos del paso lento y el atento saludo.

Como a las dos de la tarde el centro de la ciudad se vio sobresaltado por una numerosa manifestación, que partiendo del Teatro de Variedades (Odeón, Esmeralda al 300) donde se había congregado, se dirigió al Palacio Arzobispal, al que apedrearon.

Rechazó la policía (la de los bigotes manubrio y el casco prusiano) a los manifestantes,

que según los cronistas de la época eran unos 1.500 "en su mayoría italianos y españoles", aunque allí no acabó la cosa. La ciudad apacible, la ciudad de los balcones con rejas y aire todavía un poco colonial, vio la violencia desatada por sus calles. Los manifestantes, rechazados en el Palacio Arzobispal se dirigieron a la Iglesia de San Ignacio, donde destruyeron todo lo que encontraron a su paso, después se dirigieron a la iglesia de San Francisco, pero la hallaron cerrada. Siguió la violencia en las calles. Esta vez la turba se dirigió a Sto. Domingo; donde nada ocurrió por contenerlos la tropa.

Y entonces, siempre dando gritos de muera a la iglesia, y sobre todo denostando a los jesuitas, la cada vez más encendida y violenta manifestación convergió sobre el Colegio del Salvador.

Eran las 4 de la tarde cuando comenzó el ataque. Primero la multitud apedreó y rompió las ventanas, para después destruir a golpes de hacha la puerta principal. Y entonces explotó la violencia con fuerza inusitada; la turba entró destrozando todo lo que encontraba a su paso, rapiñaban lo que podían y lo que no, lo hacían trizas, apuñalando cuadros, saqueando los cuartos de los alumnos. Los más enardecidos castigaron a golpes de puños y garrotes a los pocos padres jesuitas que hallaron a su paso. Una cantidad de objetos del colegio eran quemados en una pira que ardía frente a la puerta principal. Al cabo de una hora no era esa hoguera, sino el

colegio entero, lo que estaba ardiendo. Cuando llegaron los bomberos y la tropa de línea todo estaba ya consumido por el fuego.

LA IGLESIA DE SAN IGNACIO

El origen de estas manifestaciones se remonta a un par de años antes. En 1873 había sido promovido al arzobispado de Bs. As. Monseñor León Federico Aneiros, quien meses más tarde fue electo diputado nacional. Esto fue un duro golpe para los liberales de la época. Más que nada fue el bochorno de sentir su anticlericalismo herido, era una afrenta al progreso de las ideologías liberales y laicistas.

Monseñor Aneiros, en 1875 (poco antes de renunciar a la legislatura) resuelve entregar dos iglesias, cambiando las parroquias, ya que eso estaba dentro de sus atribuciones de arzobispo.

Por lo cual devuelve a sus antiguos dueños la Parroquia de Catedral al Norte, a los PP. de la Merced y la Parroquia de Catedral al Sur a los PP. Jesuitas.

Pero la Iglesia de San Ignacio, devuelta a los PP. Jesuitas, estaba en la misma manzana del Colegio Nacional y de la Universidad. La prensa liberal y las logias masónicas reaccionaron por lo que consideraron una "afrenta". Se atacó por igual a los jesuitas y a Mons. Aneiros, a la vez que se incitaba a los estudiantes a la lucha. Se llegaron a hacer conciliábulos y reuniones para lograr la expulsión del país, de los PP. Jesuitas.

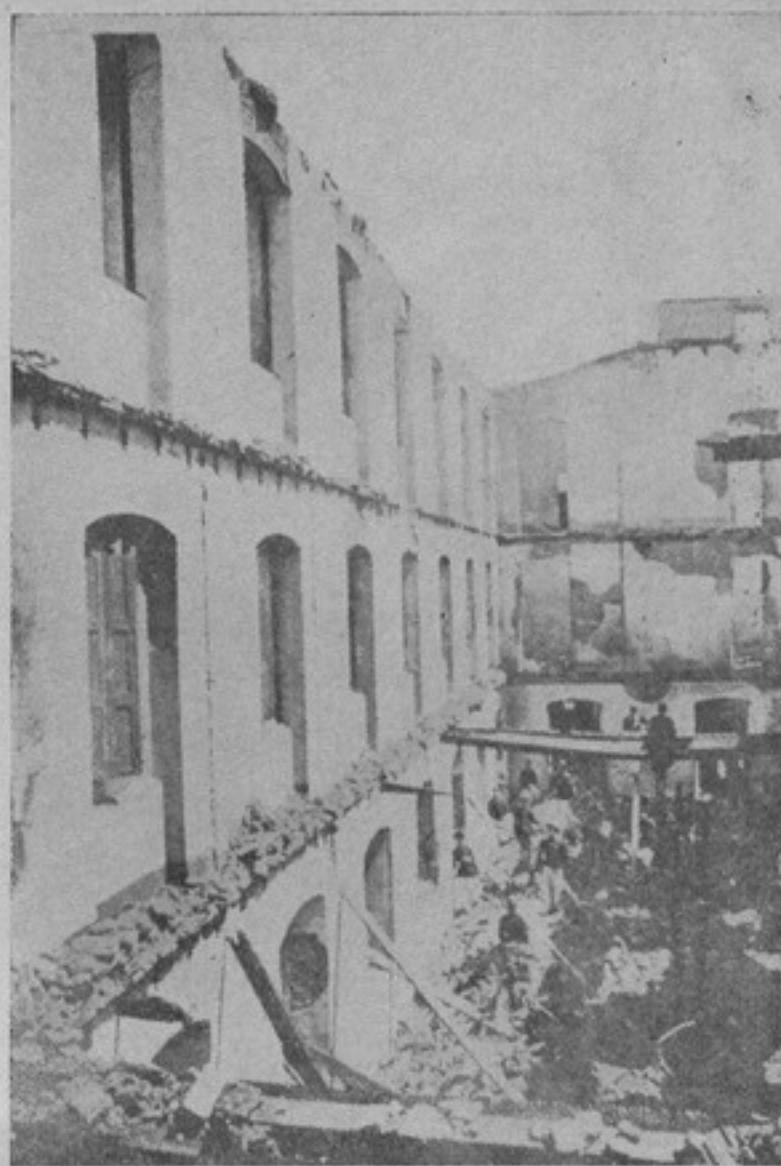
El 28 de febrero de 1875, fecha que coincidió con la terminación del estado de sitio explotó la reacción anti-clerical, que tuvo como culminación el incendio del colegio, según los hechos narrados en un principio.

Era tan evidente la hostilidad de la prensa y de las reuniones que las autoridades del colegio se inquietaron mucho. Y en ese recordado domingo 28, el P. Salvadó, Rector del Colegio, envió una nota al Presidente de la República, solicitándole garantías.

Esa nota llegó a manos del Dr. Avellaneda, pero éste, al entender que el asunto no era de jurisdicción nacional, se la remitió a su vez al Gobernador de la Pcia. de Bs. As. quien estaba ausente. Y así mientras los revoltosos se hallaban a punto de asesinar al Padre Albi (prefecto de estudios) en venganza por un joven apuñalado en circunstancias no muy claras y mientras el colegio ardía, no se tomó ninguna medida oficial.

Mientras los Padres Jesuitas huían por la huer-ta (sobre la calle Riobamba) y algunos lo hacían por la puerta principal, donde eran agredidos por los manifestantes, un vecino que había recurrido al cuartel del Parque (hoy plaza Lavalle) encontraba que nada se podía hacer, porque la tropa estaba licenciada.

Recién hacia las 6 de la tarde, cuando todo estaba consumado se presentó la tropa de línea,



Después del incendio. Ala sobre la calle Lavalle (1875)

y aún así la turba no se retiró de inmediato por lo que hubo una escaramuza entre ellos y los soldados, donde resultaron dos muertos y cinco heridos.

Entonces huyeron los manifestantes, y sólo pudieron ser detenidos unos pocos.

El resultado era triste: el Colegio del Salvador estaba destruido y sólo quedaba en pie el frente de la calle Callao y la Iglesia, recién construida, que providencialmente no fue tocada por el fuego.

La reacción fue inmediata y una ola de indignación sacudió a Buenos Aires. A tal punto que diarios como "La Tribuna" y "La Nación", centros liberales como el Club Universitario y el mismo Consejo Supremo de la Masonería Argentina, debieron dar marcha atrás en su campaña antijesuitica, condenando en forma unánime la barbarie cometida, tratando de no comprometerse con el vandalismo que ellos mismos habían contribuido a desatar.

Pero Buenos Aires se identifica más con la paz que con la lucha. Generosas contribuciones y desinterés total por parte de aquella Comisión de Reconstrucción hizo que al poco tiempo, el año escolar de 1875 comenzara en el Colegio del Salvador como siempre y con más espíritu que nunca.

Armando J. Fresse